

Los reyes muertos

Rui Díaz

(adelanto editorial)



Colección Pulpas n.º 45

Narrativa

Primera edición: septiembre 2022

Título original: *Los reyes muertos*

©2022, Rui Díaz Correia, del texto
©2016, Aron Wiesenfeld, de la ilustración de cubierta

©2022, Aristas Martínez Ediciones
www.aristasmartinez.com
c/ Hernán Cortés, 6-B Badajoz 06002

Edición al cuidado de
Cisco Bellabestia y Sara Herculano

ISBN: 978-84-124353-9-9
Depósito legal: BA-360-2022
Impreso en Kadmos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)

LOS REYES MUERTOS

Primer círculo

Lo tienes todo preparado. Conoces el ritual. Los pasos a seguir. No es la primera vez que entierras a un hijo. Sin embargo, cada vez se hace más difícil. La urna pesa lo suficiente como para desequilibrarte el ánimo, algo que no puedes permitirte delante de ellos. No hay música, pero en tu cabeza se repite una nana con la insistencia de una tormenta de verano. Se la has cantado a todos ellos y lo sigues haciendo ahora que van a dormir para siempre. A veces te gustaría ser tú la que no despertaras, pero tu labor es lo suficientemente importante como para apartar ese pensamiento y esconderlo en un rincón, a unos centímetros de la culpa.

Por un momento dejas de escuchar la canción de cuna y el escaso sonido de la tarde que va a dar al patio se convierte en un ruido blanco. De hecho, es como si todo se llenase de luz. Susurras su nombre muy cerca de la urna, como un beso en la comisura del labio, y abres la

tapa. Giras las muñecas con delicadeza, meciendo el aire, y liberas los restos de la muerte sobre el pequeño huerto, devolviéndole la vida.

Agradeces haber podido estar ahí para todos ellos, aunque sabes que no deberías. Saberte mala por creerte buena. Pero no lo haces por eso. Las frutas grises del huerto te lo recuerdan cada día.

Una nube corta el sol a la mitad y hace que la luz se esconda igual que un cuchillo en una herida. Ese patio está lleno de secretos y posibilidades. Porque un niño que desaparece reverbera hacia el pasado y hacia el futuro. Y la ausencia se convierte en un emblema de la memoria.

La intermitencia se agota y la luz se apaga del todo. La noche cae sobre ti y sobre tus hijos al tiempo que tus labios recuperan la nana y la hacen consciente, como una plegaria o una despedida.

«Haz que descansen por fin. Que alcancen la paz que no encontraron en este mundo».

Y entonces entras en casa y enciendes todas las luces del salón.

Que parezca que no estás sola.

Que parezca que no tienes miedo.

Que parezca que no fue culpa tuya.

Que parezca que hiciste todo lo posible.

Que parezca que no los mataste tú.

Segundo círculo

Conocí a Amalia una tarde de finales de febrero. La primavera se había estado adentrando en los días de invierno del mismo modo que lo haría el salitre en la fachada de una casa. Recuerdo haber llevado un abrigo de paño entre los brazos, colgado como si fuese un *maitre*, salvo que aquel día yo iba a ser el invitado y Amalia, mi anfitriona.

Me presenté en su casa por mediación de un conocido común que trabajaba en los Servicios de Protección de Menores. Estaba escribiendo un artículo sobre la adopción y me había hablado de ella y de su trabajo. Lo llamé así: «trabajo», algo que me sorprendió, pues lo que yo buscaba eran testimonios de padres adoptivos. Cuando pedí que me lo explicara, mi contacto rectificó, con una expresión entre la vergüenza y la culpa, y se decidió por la palabra «labor». Entendí que no me diría nada más, que era algo que debía descubrir con la propia Amalia. Unas horas después entendería por qué.

Su casa estaba alejada de cualquier parte y encontrarla se resolvió en una odisea. A pesar de haber recibido decenas de indicaciones desde el último pueblo, tuve la sensación constante de conducir en círculos por un erial detenido en el tiempo, como si el presente no fuese capaz de alcanzarlo.

Todos a los que pregunté para que me guiaran habían hecho el mismo gesto al escuchar el nombre de Amalia: bajar la cabeza, tan solo un segundo, de manera casi imperceptible, pero bastante significativa. Probablemente no habría sido consciente de ello si mi contacto no hubiese reaccionado de forma similar: primero lástima, después culpa. Acción y reacción. Como si se castigasen al sentir pena por aquella mujer. ¿Sería por eso por lo que se había desterrado de todos los últimos pueblos, yéndose a vivir a una casa en el corazón del verano?

¿Cuál era el secreto de aquella mujer?

Después de varios minutos infructuosos buscando un timbre, decidí llamar golpeando la puerta con los nudillos. Miré el móvil en un acto reflejo mientras esperaba; no había reparado en que no tenía cobertura. Me pregunto si ese hecho en apariencia trivial hubiese podido cambiar algo de lo que iba a ocurrir.

Esperé un par de minutos en los que el canto de las cigarras se hizo casi insoportable.

Justo cuando había tomado la determinación de volver a llamar, escuché unos pasos que se arrastraban hacia la entrada. Podría haber jurado que la mujer que me

abriría la puerta tendría al menos ochenta años, sin embargo, cuando esta se abrió, lo que me dejó ver fue algo muy diferente.

Amalia aparentaba unos cincuenta años. Tenía el pelo gris, muy largo y liso, anudado en una trenza gruesa, con el cariz de una sogá hecha de seda. Si bien tenía arrugas en la frente y en las comisuras de los labios, sus ojos, verdes, parecían estar llenos de vida, aunque definitivamente cargados de tristeza. Aun así, cuando abrió la puerta, sonreía, y parecía hacerlo de forma sincera. Llevaba un vestido verde con un estampado de flores amarillas y bolsillos laterales, algo que, entre el gris y gualdo del terreno que rodeaba la casa, parecía hacerla florecer a ella misma sobre todo lo demás, como una aparición mariana.

Se mantuvo en silencio, apoyada exclusivamente en su sonrisa, emulando el signo final de una interrogación. Su cara se parecía mucho a la de aquellos olvidadizos que saludan a alguien, fingiendo conocerle, pero sin saber quién es. Supuse entonces que era yo el que tenía que hablar; a fin de cuentas, era yo el que la buscaba a ella.

—Buenas tardes —esgrimí—. Es usted Amalia, ¿verdad?

Amalia movió la cabeza con un gesto que parecía una mezcla entre la afirmación y la reverencia.

—Me llamo Felipe Vidal —continué, algo dubitativo—. No sé si se ha puesto en contacto con usted Marino, de protección de menores.

Entonces Amalia parpadeó (hasta ahora no lo había hecho), se llevó una mano a la cabeza en señal de olvido, y por fin habló:

—Oh, vaya, es verdad. Felipe Vidal. Felipe Vidal —repetió—. Sí, sí, Marino me habló de usted. Lo siento, lo había olvidado por completo. El periodista. Aunque no sé por qué le ha dado mi nombre, la verdad. No soy ninguna persona especial.

Primero pensé en trasladarle que eso no era lo que me habían dicho, pero entendí rápidamente que no conseguiría nada de ella si no la trataba con modestia, obviando que estaba allí por una razón muy concreta. Amalia podía sonreír, sin embargo mi intuición me decía que una mujer que se desterraba conscientemente no era muy amiga de ningún tipo de ego.

—Tan solo he venido a conocerla —le dije—. Me gustaría poder hablar un rato con usted. Contarle de qué quiero que trate mi artículo y, si fuera posible, que me contase su experiencia.

Y entonces Amalia confirmó con un gesto una de mis sospechas iniciales: estaba sola. Fue algo fugaz, pero digno de ver, algo parecido a la esperanza. No sabía cuánto tiempo haría que aquella mujer no hablaba con nadie, pero, sin duda, era demasiado.

Seguidamente, se giró sobre sí misma y, arrastrando los pies una vez más, igual que si patinase ingrávida sobre el suelo de madera, se adentró en la casa, no sin antes decir:

—Vamos, pase. Voy a prepararle un café.

Al entrar, una bocanada de aire caliente me golpeó en la cara. Hacía tanto calor que pensé que la calefacción podría estar encendida.

La seguí a una distancia prudencial, aunque me avergüenza confesar que no lo hice por respeto, sino para asegurarme así de poder estudiar la casa sin ningún tipo de vituperio.

La entrada terminaba en una escalera de madera hacia la planta de arriba, que ascendía en sombras alargadas por el sol horizontal de media tarde. Los pasamanos estaban cercados por dos mesillas colocadas de forma paralela, con flores secas y frescas compitiendo por el espacio. Del lado izquierdo, una puerta entreabierta dejaba ver lo que parecía un cuarto de aseo.

En el piso superior, otra mesilla coronaba la escalera, pero esta vez con una lámpara y algunos portarretratos a modo de guirnaldas. Me pregunté quiénes aparecerían allí. Dudaba de que Amalia fuese una de esas personas que adornaba su casa con su propia cara.

Detrás de mí, en la dirección opuesta a la que nos dirigiáramos, pude entrever un saloncito, con una butaca orejera y una lámpara de pie junto a ella. Supuse que habría una biblioteca enorme de clásicos en la pared contraria. Aunque cupiese la posibilidad de encontrar una tele en el ángulo ciego de la habitación, me negaba a creer que esa mujer pudiese tener algún interés más allá de las ficciones propias de un ermitaño.

Amalia se detuvo tras dar unos pocos pasos, en la cocina, cuando mi imaginación ya había recorrido el resto de la casa, rellenando los huecos que habían dejado las paredes. Me invitó a sentarme mientras ella cogía dos tazas de la encimera, enjuagándolas primero, colocándolas después sobre una mesa blanca de aglomerado. La silla crujió al sentarme, castigándome por inspeccionar sin remilgos la habitación. Las sartenes y ollas reposaban sobre una estantería, ordenadas por tamaños, junto con una vajilla descolorida. La encimera era pequeña y estaba recorrida por los brazos de un poto, que presidía la estancia desde lo alto del frigorífico, abrazando con un solo tallo la superficie de granito. Sobre ella, una cocina portátil con cuatro fuegos anclados a una bombona que se asomaba por una de las puertas del mueble.

Amalia preparó una cafetera italiana y la llevó al fuego, que encendió tras abrir el gas y prenderlo con un mechero de cocina. El olor a butano me recordó a las tostadas que se hacía mi abuelo, directamente sobre la llama, dejándolo todo perdido de migas.

—Cuénteme de qué trata su artículo —me dijo al tiempo que tomaba asiento frente a mí. Con ella la silla no crujió; pareciera que se había sentado un fantasma—. El café estará enseguida —se excusó.

Me miraba fijamente, de una manera casi intimidatoria, y su voz parecía la de un cachorro de uno de esos perros catalogados como peligrosos: dulce, graciosa, pero con una amenaza volando sobre ella.

—Estoy escribiendo sobre la adopción, recopilando información de padres adoptivos, sobre sus experiencias, las dificultades que han tenido, cómo se plantearon el proceso... ese tipo de cosas.

—Y Marino le dijo que yo podría ayudarle.

—Me aseguró que usted hacía una labor muy importante.

—No, no —me corrigió—. Yo no hago ningún tipo de labor.

—No quería ofenderla —rectifiqué—. La verdad es que Marino no me quiso decir mucho más. Creo que pensaba que sería mejor si usted me contaba su experiencia directamente.

Amalia se quedó un momento callada, ordenando sus pensamientos, y entonces añadió:

—Lo que sí puedo hacer es hablarle de mis hijos.

—Eso sería genial. Fueron adoptados, supongo —me aventuré—. ¿Alguno está aquí? ¿Podría conocerlos?

—Están aquí, sí. De alguna manera, al menos. Pero me temo que no podrá hablar con ellos.

Hizo una pausa y descargó una sonrisa triste sobre todo su rostro.

—Todos mis hijos están muertos.

Entonces la cafetera anunció un trueno. Amalia se levantó sin arrastrar la silla y apagó el quemador. Apartó la cafetera y sirvió el café sobre mi taza, pidiéndome con la mirada que la avisase cuando fuera suficiente. Sin

embargo, su comentario me había dejado tan descolocado, que, a tenor de mi falta de reacción, se vio obligada a preguntarme:

—¿Así está bien?

Asentí apocado. No solía tomar el café solo, pero no quise incomodarla.

Acto seguido, sirvió su propia taza con muy poco café y dejó la cafetera otra vez sobre el quemador. Después se arrastró hasta el frigorífico y sacó un tetrabrik de leche entera. Me ofreció, aunque ya no quedase espacio en mi taza para no más de un par de gotas y, tras mi negativa, llenó la suya.

—Échese azúcar si quiere, por favor —me rogó—. No tiene por qué esperarme.

Viendo mi café, oscuro cual punto final, encontré en sus palabras una maniobra perfecta de escapismo. Cogí la cuchara y eché azúcar suficiente como para hacer una isla o, como mínimo, un salvavidas. Acto seguido, Amalia, disimulando sorpresa, se echó a su vez una sola cucharada.

Dimos un sorbo casi a la vez. No sé qué pensaría ella en aquel momento, pero yo hacía acopio de toda mi valentía para retomar la conversación.

—¿Puedo preguntarle sobre eso?

Amalia hizo un gesto extraño, como si hubiese olvidado todo lo que me había dicho hacía un minuto.

—Sobre sus hijos —aclaré.